ERRORES COMUNES DE TRADUCCIÓN CON RELACIÓN AL ESTUDIO DEL ESPAÑOL

Cuando la nueva tendencia, que fué una reacción contra lo tradicional estancado y cobró mayores fuerzas a causa de nuevas orientaciones económicas, apareció hace ya algunos años y hasta se hizo sentir en la enseñanza de lenguas vivas, se creyó que iba a desaparecer por completo la costumbre de tener los usuales ejercicios de traducción en los libros de texto. Naturalmente la intensidad y la pugnacidad son las dos características que más sobresalen en toda dirección o movimiento que se desvíe de lo tradicional y de lo viejo. Secreta y paladinamente, por individuos y por grupos, de palabra y por escrito, tanto se atacó el antiguo y venerado modo de enseñar un idioma por medio de antiguas disciplinas, tales como la traducción oral y escrita, y tanto se ponderó la eficacia del método directo, como le llaman unos, o natural, al decir de otros, que tal vez se temió que iba a operarse una entera reformación, un arranque de raíz, en la enseñanza de idiomas. Mas la intensidad y la pugnacidad llevan en sí un germen destructivo que tiende a menoscabar su virtud básica, y al cabo sucedió lo natural en el orden de las cosas y fué que no se dió a la traducción ni modesta ni suntuosa sepultura. Como siempre, triunfó lo acostumbrado.. Fué una victoria parcial, es cierto, pues los conservadores han tenido que hacer muchas concesiones a los partidarios de lo nuevo y por fortuna éstos han logrado introducir un poco de dinamismo en todos los maestros y producir una actitud más sensata y liberal en el uso de la traducción; pero parcial y todo, ha sido un triunfo del sentido común. Los ejercicios de traducción quedan aún en pié y seguirán desempeñando un importante papel en la enseñanza de lenguas. La traducción, pues, es un factor con que habrá que contar siempre, una cosa indispensable, así para el maestro como para el autor de libros de texto.

El traducir es un arte dificilísimo, tanto, que los grandes traductores acaban por dejar el oficio y se dedican a escribir obras originales. En primer lugar, puesto que la tarea del traductor de obras literarias se reduce a presentar con claridad el contenido del original, va de suyo que debe conocer a fondo su propia lengua y estar igualmente familiarizado con el idioma de la obra que traduce. Y esto no es todo: aun poseyendo ambos instrumentos de expresión, el propio y el ajeno, el traductor debe además ser un verdadero buzo intelectual y sondear hondamente en el alma del autor, seguir paso a paso su ideología y conocer la idiosincracia del pueblo a que va destinada la obra. No

sólo debe poseer el precioso don de la palabra escrita sino también, de remate, debe expresar las ideas y los sentimientos del autor con frase tersa y feliz, con la misma fidelidad con que un arroyo de aguas claras copia un pedazo de cielo o una parte del paisaje. Ya se ve que el que es capaz de hacer todo esto no es ya un traductor simplemente sino un artista. Es creador y vulgarizador a un mismo tiempo. La obra traducida en estas condiciones ideales resulta una nueva obra, tan buena como el original. Las obras literarias así traducidas son como los valores comerciales, que no cambian de valor porque mudan de manos.

Por fortuna, no se le exige tanto ni al grave catedrático, ni al simple maestro, ni mucho menos al estudiante. Con todo, si la traducción ha de ser eficaz como disciplina y ha de servir para aumentar los conocimientos del escolar, salta a la vista que es menester hacerla lo más perfecta posible. El conseguir que el estudiante haga una traducción correcta, sin un pero, es obra de romanos, por no decir imposible. Sin embargo, toca a los pedagogos la labor de hacer que los escolares traduzcan los ejercicios dados con cierta medida de acierto. El grado de perfección en traducir depende, por supuesto, de la capacidad mental del estudiante y de su conocimiento de la lengua que estudia. Aparte de las naturales restricciones que impone la falta de talento lingüístico y de madurez de parte del estudiante, los errores de traducción que éste comete se deben en su mayor parte, desde un punto de vista práctico (1) al elemento del tiempo, (2) al desconocimiento de la analogía y la sintaxis del idioma vernáculo, (3) a omisiones en los libros de texto, y (4) a la incapacidad del escolar de hacerse cargo de que el español es una lengua distinta de la suya.

El elemento del tiempo es un factor asaz importante. Todos los maestros saben por experiencia que cuarenta y cinco minutos no son suficientes para hacer comprender las dificultades de una lección a una clase de treinta o cuarenta jovencitos de diferente composición mental y cada uno con un escaso caudal *aperceptivo*. No hay tiempo para ejercitar a cada uno de ellos en la interpretación de un texto o en los puntos sintácticos de la lección dada, cuyo tamaño se basa en un *Sillabus* hecho de antemano; en verdad, falta tiempo para que el maestro pueda aprovecharse de la repentina comprensión de los discípulos y dé los ejemplos necesarios que lleven a la conciencia de cada cual las peculiaridades de un modo de decir o las diferencias de expresión entre el idioma extranjero y el propio. La tarea del maestro se simplificaría en este caso si los escolares estudiasen la lección antes de venir a la clase. Es cierto que algunos así lo hacen, de acuerdo con

las indicaciones del maestro al señalar la lección siguiente; pero también es verdad que la mayoría de ellos, debido a su inmadurez, no saben estudiar, ignoran la manera acertada de tratar el asunto. No basta que el maestro dé direcciones más o menos pertinentes en este sentido: en esto de estudiar casi huelgan las explicaciones; es un ejercicio de iniciativa que requiere práctica. Más bien parece un experimento en aventuras apacibles, el cual cada uno tiene que hacer por sí solo, como escoger un traje o hallar un sitio fresco y ameno en las montañas durante los días calurosos del verano.

Descartando lo que se deba a deficiencias mentales del estudiante, no cabe duda que muchos de sus errores de traducción tienen por origen el hecho de que no ha tenido tiempo de asimilarse la lección, por decirlo así. ¿Por qué los escolares no logran nunca aprender los usos del subjuntivo, a pesar de que las gramáticas presentan este tema de una manera excelente y los maestros ejercitan a los estudiantes hasta donde es posible hacerlo? Las formas irregulares de los verbos es otra cosa que, por regla general, no llegan a dominar los estudiantes. Asímismo son deficientes en sinónimos y modismos. La razón de todas estas insuficiencias, exclusive las causas de orden puramente intelectual, hay que ir a buscarla en la falta de tiempo. Debe tenerse presente que la enseñanza de un idioma extranjero a los jóvenes de una *High School* se basa en un ejercicio constante, sin tregua, en la comprensión de puntos gramaticales y en la adquisición de nuevos giros y vocablos. Muy poco reconstructor sugiero aquí o más adelante por ser el mal aludido casi inevitable, dadas las condiciones de vida. Tócales a los pedagogos hacer del mal el menos, cosa que están haciendo a conciencia. Por otra parte, mi propósito es apenas apuntar efectos, no proponer un plan terapéutico, que dejo a facultativos de mayor sabiduría y experiencia.

Otro inconveniente con que tropieza un maestro que enseña español en una *High School* es que los escolares no han sido educados en los rudimentos de la gramática. Carecen de positivo fundamento sobre que basar la obra de enseñanza del idioma extranjero. Merced a la supina ignorancia de la gramática inglesa, los estudiantes no aciertan a distinguir los pronombres posesivos de los adjetivos del mismo nombre. Con una frecuencia desalentadora en sumo grado para el maestro, al traducir oraciones como éstas: *You have your books and I have mine,* la mayoría de los estudiantes traducen *I have mine,* así: *yo tengo mi* o *yo tengo mis.* Si se le pide a Fulanito por la centésima vez que traduzca *I shall write them* o *I shall write him,* por

la centésima vez hará la siguiente traducción: *los escribiré* o *lo escribiré,* debido a su inhabilidad de distinguir el complemento indirecto del directo. Errores de esta especie persisten en la mente del estudiante a causa de la cualidad *selectiva* de la atención y a lo sintético de la memoria. Muchos más ejemplos podría traer a cuento, pero bastan los dados para señalar el origen de muchos errores de traducción.

Sin entrar en consideraciones de ninguna especie acerca del origen del lenguaje ni de sus fines teleológicos, Pero Grullo mismo nos diría que el fin práctico del lenguaje es hacer que los hombres se entiendan entre sí. Por esto se ve que el lenguaje constituye una función principalmente social. De aquí que no anden fuera de razón los que siempre han insistido en que el idioma vernáculo se estudie a través de una inteligente labor de apreciación. Por eso hoy día en las escuelas del país el estudio formal de la gramática hace un papel muy secundario en la enseñanza del inglés. La misma actitud se observa en la ciudad de Nueva York, aunque allí influye asímismo la población extranjera con que cuenta la metrópoli. Téngase en cuenta, eso sí, que en este caso los escolares hablan inglés; así es que el problema del estudio del idioma vernáculo se reduce a establecer una especie de continuidad entre la manera de hablarlo y el modo de escribirlo. Ya es otra cosa al tratarse de una lengua extranjera. Quien ha llegado a pensar y raciocinar en su propio idioma, al estudiar otro, sigue pensando y raciocinando en el suyo. Durante este período de comparación de valores en la mente estudiantil, es claro que el escolar debe poseer un conocimiento descriptivo de su propio idioma para poder entender la estructura de la nueva lengua.

Las omisiones en los libros de texto dan asimismo lugar a incorrección en los ejercicios de traducción. Solamente se darán aquí unos cuantos casos de omisión, pues darlos todos resultaría largo y enfadoso. La voz pasiva, frecuente en ambos idiomas, no se halla explicada en los libros populares usados en las *High Schools,* y si algunas gramáticas tratan de ella, lo hacen de tal manera que la importancia de la voz pasiva no resulta evidente. Pasa inadvertida como los anuncios mal concebidos y peor escritos y publicados. Tampoco figura en las gramáticas el uso del gerundio, importante en la lengua española. Debe mencionarse también, como un caso de omisión, la incapacidad o el olvido de los autores de gramática de explicar la diferencia entre *ser* y *estar, saber* y *conocer, entonces* y *después,* traducción estos dos últimos del inglés *then,* y de dar el equivalente español de *either,* en frases como ésta: *either Spanish or Portuguese.* Estos ejemplos y muchísimos

otros que no se citan, por su frecuencia en ambas lenguas, constituyen una dificultad insuperable y un incidente diario en el estudio del idioma español. Débese tal vez esta incapacidad de los gramáticos a la cualidad analítica de la mente moderna. Maestros y alumnos, todos queremos indagar la causa de todo cuanto cae dentro de la esfera de la atención; pero al tratar de explicar un fenómeno lingüístico, cuyas causas filológicas y psicológicas se escapan a nuestro análisis por ser demasiado remotas y complicadas, carecemos del indispensable fondo de humildad, y en vez de confesar nuestra incompetencia en ese caso específico, de una manera inconsciente nos volvemos consumados sofistas y damos al estudiante gato por liebre en muchas ocasiones. De mí sé decir que no podría dar la *razón de ser* de un gran número de palabras y locuciones que uso a cada paso, y lo único que me sería dado aducir en defensa de ellas es que las he aprendido del pueblo o las he hallado en mis lecturas.

Crasos errores de traducción se deben igualmente a omisiones en los vocabularios que generalmente van al fin de los libros de texto. Estas omisiones pueden ser *absolutas,* cuando no aparece el vocablo en el vocabulario y sí en las páginas de lectura; *por carta de más,* las cuales consisten en dar como equivalente de una palabra dos o más voces de varios significados, como por ejemplo, el vocablo inglés *old,* cuya traducción en español, correcta por cierto, dada en los vocabularios es *viejo, anciano,* sin que se diga una palabra acerca de la diferencia en el uso de los dos, y *por carta de menos,* como cuando se da el verbo *suplicar* como traducción del inglés *to beg,* lo cual es correcto; pero en el texto también figura la locución *to beg,* debiendo entenderse *to beg leave,* cuya traducción es *permitirse* o *tomarse la libertad.* Otro ejemplo, tomado al azar es *to be glad,* cuya traducción es *alegrarse,* según aparece en el vocabulario, cuando también tiene el sentido, enteramente distinto, de *tener el gusto,* que es el que debió darse en el vocabulario.

Parece que el propósito que por lo común se tiene al componer un vocabulario es el de hacerlo lo más abreviado posible, a fin de que el libro no resulte voluminoso. En esta actitud se ve, a poco que se ahonde algo, la influencia utilitaria de las casas editoras. Ya es tiempo, a mi juicio, de que se le dé mayor atención a los vocabularios. Un sentido libérrimo debiera informar la obra de los autores de libros de texto, pues no debe olvidarse que los vocabularios, por ahorrar tiempo y esfuerzo, que, utilizados de otro modo resultarían más provechosos, prestan una grandísima ayuda al estudiante, no sólo en la tra-

ducción de los ejercicios y en la adquisición de la nueva lengua, sino también en el poder de coordinación y la suficiencia mental que obtiene el que busca una palabra o un giro en el diccionario en vez de preguntárselo al maestro. En fin, un vocabulario perfecto ha de ser un guía seguro, una fuente de copiosa información.

Lo de la incapacidad del escolar de hacerse cargo de la fundamental diferencia entre los dos idiomas es un punto bastante elusivo, que está fuera del alcance de toda organización sistemática. Esta diferencia es netamente psicológica, es cosa de reacciones de raza. Quizás se deba a ello el que, al pasar lista, muchos estudiantes siempre contestant *aquí* al oír su nombre, cuando un español o un sudamericano diría *presente*. Sería una necedad exigir que el escolar angloamericano reaccione de la misma manera que un individuo de raza española; pero sí deben insistir los maestros en que los estudiantes dejen a un lado esta actitud mental y se dediquen al estudio del español con la conciencia de que no sólo se trata de una lengua ajena sino también de un temperamento extranjero. Es verdad que este conocimiento no pone a los escolares en condiciones de expresarse castizamente o de hacer traducciones perfectas; pero, al menos, se darán cuenta de las dificultades que han de vencer y trabajarán con más ahinco y conciencia. Es de sentirse que la pedagogía no haya logrado aún organizar el nativo fondo de ideas con el fin de llevar a cabo una asimilación más fácil de otro idioma ni efectuar un cambio de engranaje con la menor fricción posible en el estudio de una lengua extranjera.

En conclusión, hay que confesar que no sólo los discípulos sino aun los maestros mismos cometen errores de traducción debido a su incapacidad de incorporar en su experiencia la racial diferencia entre ambos idiomas. Como queda dicho, estos errores de traducción se deben en cierto modo a una actitud falsa. Esto es natural hasta cierto punto en toda persona al tratarse de otro idioma; pero no sería natural la insistencia de adaptar la lengua española a la inglesa, como si aquélla se derivase de ésta y como si los que hablasen la primera debieran tener por fuerza un idéntico sensorio al de los que hablan la segunda. Es preciso poner coto a este alarde de superioridad de lengua y de raza por más inconsciente que sea, si el acercamiento de pueblos es el fin último del conocimiento de la lengua española. Por lo que atañe a la traducción, conviene traer siempre a la memoria el *dictum* de que, al traducir, no se traducen palabras, frases u oraciones sino simplemente ideas. Sólo empapándonos de esta verdad y guián-

donos por este conocimiento podremos los maestros, así naturales como extranjeros, ir corrigiendo mediante nuestros propios esfuerzos todos los errores de esta clase que ahora comentemos, gracias a nuestros hábitos de raza, y sólo así llegaremos a ser a la postre conscientes artistas en el difícil arte de interpretadores de dos importantes lenguas, la inglesa y la española.

Julio Mercado

Commercial High School
Brooklyn, N. Y.